

CENTRO DE INVESTIGACIÓN DE LA REALIDAD DEL NORTE
“Reflexiones sobre etnoarqueología andina”
Cuaderno de Investigación Social N°10
Iquique, Chile; 1985.

Canje y Correspondencia:
Casilla 135, Iquique - Chile
Teléfono: (+56) (57) 414461
Página web: www.crear.cl
Correo electrónico: bernardo.guerrero@unap.cl

“Reflexiones sobre etnoarqueología andina”

Lautaro Núñez Atencio

REFLEXIONES SOBRE ETNOARQUEOLOGÍA ANDINA

En las últimas décadas se ha suscitado un considerable esfuerzo por otorgarle a la arqueología prehistórica un carácter social en términos de ampliar su capacidad de reconstrucción objetiva de estructuras sociales, a través de un mayor apoyo de disciplinas históricas y antropológicas. Este énfasis proviene desde las obras pioneras de Childe (1946) en torno a sus propuestas sobre sociedades productoras de alimentos y su culminación urbana. Algunos aportes posteriores como los de Gjessing (1975) han llegado a explicitar un planteamiento socio-arqueológico por medio de una combinación directa entre arqueología y antropología social. Otros han formulado una verdadera "arqueología de asentamientos" (Trigger, B.G., 1967) menos artefactual e incluso con un apellido que no merece duda alguna (Renfrew, C; 1973). Aunque representan distintas posiciones escolásticas, con criterios metodológicos diversos, todas en común han tratado de ofrecer modelos explicativos más compatibles con reconstrucciones de modos de vida coherentes con una visión más totalizadora de la acción humana. De uno u otro modo, estas corrientes contemporáneas han tratado de presentar una "arqueología centrífuga", capaz de succionar disciplinas complementarias para optimizar sus vías analíticas. En este contexto, la así llamada "Nueva Arqueología" Norteamericana ha fundamentado su manejo epistemológico en las ciencias inorgánicas, con una extravagante semántica destinada a "emborrachar la perdiz", contrariando ostensiblemente a los "biologistas" y "humanistas" cuyas posiciones teóricas son, en el último caso, resultantes de una concepción científico-social, en donde todos los hombres son partes fundamentales de una Historia de la Humanidad. Es decir pueblos con hechos sociales concretos, donde convergen distintas metodologías de análisis, en disputa por sus respectivas concepciones escolásticas. No estamos seguros si los hombres prehistóricos estaban consientes de las tremendas complicaciones que crearían al dejar testimonios ágrafos. Toda correcta reconstrucción del pasado requiere de método y técnicas adecuados tendientes a agrupar las evidencias en tipos, clases y otros valores taxonómicos que de manera "desordenada" constituían un universo sociocultural, que *in testa* pasan a "ordenarse" en cada investigador. Se acepta que estas evidencias a veces muy fragmentarias, no dejan entrever los sistemas sociales y funcionales prehistóricos en coherencia, Por lo mismo, cada vez se vuelve a reiterar la búsqueda de procedimientos destinados a "antropologizar" la investigación del hombre, subrayando el carácter social por sobre las mareas neopositivistas. Esto explica que "moros y cristianos" estén empeñados en plantear una visión holística, más totalizadora de la acción humana, en donde los datos sean hechos humanos mensurables: históricos-antropológicos. La singular metodología antropológica-arqueológica utilizada para la comprensión de los hechos prehistóricos ha logrado recientemente un alto nivel de análisis multidisciplinario, como corolario

de la propia complejidad del acontecer humano y sus relaciones con el universo natural. Sin embargo, el análisis científico-social prevalece como columna vertebral y no podía ser de otra manera porque hasta ahora cada sociedad "escribe" sus historias consiente o inconscientemente.

Para alcanzar reconstrucciones coherentes existen procedimientos destinados a elaborar descripciones sistemáticas que logran configurar hipótesis sugerentes sobre aspectos que consideramos más relevantes. Se asume que lo observado es parte representativa o seleccionada del total de las respuestas humanas sujetas a investigación, entre las cuales se ignoran sus funciones antes de someterlas a pruebas analíticas específicas. Los estudios funcionales (no funcionalistas) son los que deseamos confinar de la masa de datos y de los criterios arqueográficos, cosísticos, de la pedantería ideográfica y aún del cálculo mágico, que a veces esteriliza un correcto resultado. El estudio funcional de los rasgos culturales, logrado por analogías, pruebas de laboratorio, etc; sigue siendo un punto rico en nuevas posibilidades para comprender mejor a los pueblos más que sus artefactos.

Es en esta dirección, en donde el apoyo de la etnología proporciona factores explicativos e interpretativos útiles que se suman a los sonidos auspiciatorios de otras disciplinas mal llamadas complementarias. En buena hora, éstas vienen a comprobar el carácter "incompleto" del arqueólogo (Clark, 1939), quién debe buscar el testimonio analítico escrito y oral, bajo un estricto planteamiento crítico. Toda obra humana es una verdad, mas el hombre miente, olvida y confunde. Como en las cortes: todo testimonio debe ser probado. La relación entre arqueología y etnología -a pesar de todo- es confiable a juzgar por los viejos escritos de Morgan (1970), que siempre se le ve joven y lozano. Quienes creen en el valor de la "inferencia" en arqueología (Watson, 1976), pueden tomar, entre un abanico de ciencias de apoyo, la referencia etnológica con enormes posibilidades de acierto, si el set de datos y área bajo investigación es acorde con estas analogías. Hay constancia de muchísimas experiencias de esta naturaleza donde el registro arqueológico se ha sometido a comparación con poblaciones vivas (Redfield, 1952). Aspectos funcionales de sociedades paleolíticas hasta las cercanas al contexto literario han sido explicados con aportes paleoetnológicos y etnogenéticos. Obviamente que aquellas agrupaciones más tardías han sido más socorridas con apoyo de documentos escritos (ethnohistoria). Pero la yuxtaposición de yacimientos arqueológicos en áreas de actual sobrevivencia étnica han estimulado el cruzamiento de analogías con mayor eficiencia (etnoarqueología). De esta manera, algunos puntos controvertidos de la data arqueológica se ha esclarecido con inferencias derivadas de poblaciones vivas (Eggan, 1952).

Nadie podría dudar de los recientes logros de la etnoarqueología, pero, advertimos dos situaciones curiosas que parecieran haber inhibido un desarrollo teórico y metodológico más fructífero: Se tiende a considerar por razones obvias a Europa Occidental y Estados Unidos como los focos más luminosos en torno a los "modelos" analíticos "*de mode*". Desde allí se escribe el cómo se debe interpretar el pasado prehistórico. La carrera por los "modelos" cubrió una época ejemplar en American Antiquity, al punto que algunos arqueólogos desarrollados" pensaron cambiarse por computadoras y otros: más humildes de América Latina meditábamos sobre el carácter innecesario de nuestras "cuentas manuales" (después del tremendo proceso evolutivo que implicó el uso *habilis* de estos miembros...) En tal carrera uno no advierte una preocupación sistemática sobre etnoarqueología, salvo raras excepciones. Esto se debería a que el "desarrollo" pudo "subdesarrollar" a las poblaciones nativas, de modo que el "modernismo" trajo el "atraso" y la consecuente desintegración de las etnias locales. Definitivamente en Europa Occidental los criterios paleo etnológicos no son usualmente aplicados más allá del Período de las Migraciones por los siglos V y VI D.C. Por otra parte, el rápido proceso de deculturación en gran parte de Norte América no permitió una sobrevivencia indígena con modos de vidas imperturbables. Esta carácter de alta desintegración ha inhibido el estudio de sociedades vivas en muchas áreas desarrolladas y urbanizadas en relaciones y situaciones prehistóricas. La general predisposición por generar políticas étnicas poco solidarias, ha fomentado desde temprano el paso de las minorías nacionales a la cultura mayoritaria y dominante, configurándole un alto nivel de desconfianza en el tratamiento de analogías de base etnológica.

Sería absurdo suponer que las áreas con remanentes étnicos confiables es la panacea del "vellocino del oro", porque no en vano ha pasado varios siglos que otras gentes tarde o temprano ha perturbado, en más o en menos, sus patrones preconquista. No obstante, también es cierto que algunas formas ancestrales o tradicionales han perdurado hasta hoy. En nuestras áreas andinas a veces se tiene la sensación que vivimos más cerca del pasado que del futuro y en verdad nosotros estamos más cerca del fin de la prehistoria que los cazadores de la puna de Junín, domesticadores de camélidos por los 4.000 años A.C. Naturalmente, que más cerca del pasado se encuentran las comunidades étnicas andinas que aún ocupan áreas de refugio con patrones tradicionales pre-europeos. Relegados los remanentes étnicos a una inferioridad histórica e incapacidad de auto-sostener una conducta regulada por sus propios intereses, es probable que hayan existido dificultades por "modelar" sus relaciones analógicas coherentes con la evidencia arqueológica. Para bien o para mal, quedaría un espacio étnico por indagar en nuestros territorios panandinos, en virtud de definir aproximaciones metodológicas más ajustadas a la naturaleza etnoarqueológica. En verdad, si se asume que las relaciones más íntimas

con los ambientes andinos ocurrieron desde los 4.000 años A.C., a través de diversos episodios de domesticación de plantas y animales, la sociedad andina ha tenido el tiempo suficiente para consolidar ciertas tradiciones vigorosas que no se han quebrado en determinadas áreas más "relictuales". En este sentido la yuxtaposición de factores arqueológicos y etnológicos por si mismos exigen de un tratamiento metodológico original que debería ser más coherente en relación a las prepuestas escritas en áreas donde el valor étnico ha quedado pauperizado.

Hay excelente: muestras de buena utilización de las etnociencias en el área andina. Baste señalar el manejo brillante que Murra (1964) hiciera de los documentos escritos y la consecuente formulación teórica que tomará un largo tiempo de análisis y enriquecimiento. Algunos informes sobre excavaciones ya empiezan a llamar la atención sobre analogías etnológicas en distintos lugares de los andes (Browman, 1974). Planteamientos sobre uso de recursos, alianzas, patrones de tráfico y de asentamientos, depósitos de desperdicios, etc. son evaluados con comparaciones etnológicas. Pero es evidente que aún resta un largo camino por recorrer. Así lo han entendido los investigadores brasileros que al contar con ingentes recursos etnológicos no han trepidado en divulgar informes metodológicos adecuados que enseñan como los nómades del Pakistán utilizaban el espacio habitado, en una franca y clara analogía etnológica aplicada a asentamientos prehistóricos concretos (Audouze, sin año).

Esta cobertura metodológica resulta indispensable y urgente por que no todos los territorios conservarán con mayor extensión temporal sus poblaciones autóctonas. En un perfil trasversal del norte de Chile, la costa no presenta posibilidad alguna; una aproximación es viable en los valles bajos, manteniéndose aún un mayor potencial étnico sólo en las tierras altas. Aún así, los rasgos alimentarios que observamos en el altiplano durante el año 1966 ya no son los mismos y entre los desperdicios hay ahora un incremento de evidencias trasladadas de centros ciudadanos (Guerrero, 1981).

Con este marco de referencia recién podemos decir algo que nos preocupa de manera singular. Nuestras excavaciones con operarios andinos han configurado una variable mitológica que merece un tratamiento en detalle: etnoarqueología de campo. Esto es la participación de andinos en el proceso de excavación y clasificación primaria, con acceso a la explicación e interpretación de rasgos identificados *in praxis*. En varias excavaciones hemos experimentado favorablemente el alto nivel explicativo que surge del pensamiento autóctono frente a requerimientos funcionales planteados en el proceso del trabajo de campo. Operarios de ancestro Aymara y Atacameño en distintos enclaves del norte de Chile (Pica, Tarapacá, Camiña, altiplano, oasis puneños) han sido educados en cómo y porqué se estudian los

testimonios de un pasado común (tiempo "Chullpa"). A su vez se les ha estimulado a que nos eduquen en cuanto a como ellos perciben la naturaleza de la data arqueológica. No poseen el carácter del informante que relata "sagas" en una grabadora oculta. Aquí se ha creado un ambiente de mutua confianza, como partes de un colectivo científico, y surge a través de la conversación de viejos amigos, lo que ellos piensan sobre los datos recobrados. Tal situación genera un reconocimiento vital de una identidad cultural que puede tocarse y explicarse en un nivel de extrapolación mucho más fino que el logrado por el investigador ciudadano. Es un proceso de educación mutua, en donde el andino esta vez es protagonista dominante que puede enseñar su cultura y la forma de relacionarse con su paisaje. Sabe que está en ventaja y la mantiene esforzándose en indagar "hacia atrás" y sabe que no debe inventar porque allí perdería su rol y dejarla de recobrar valores que necesita para sustentar su posición digna como conocedor de la "tierra".

Una evaluación no idealizada ni emocional de la etnoarqueología de campo puede traer serias ventajas metodológicas en estas regiones hiperáridas donde el volumen y diversidad del registro arqueológico crea entre otros problemas, el afinamiento de los criterios de indagación funcional. En varias oportunidades de *survey* y excavaciones en áreas rurales marginales hemos controlado la bibliografía sobre ambientes, recursos y asentamientos. Tal información sometida al conocimiento andino ha alcanzado connotaciones distintas y reveladoras. Obviamente que no es fácil establecer esta relación de mutua educación y en más de alguna oportunidad de los sitios sagrados donde descansan sus "tatas". Sin embargo, la aceptación del ritual, las explicaciones del por que se debe conocer el pasado, ha llegado al punto de las excavaciones con ofrendas en el marco religioso aymara (O. Olmos, Comunicación personal). Sabemos que gradualmente el proceso de interacción cultural ha comenzado y no terminará sino con los relatos de las viejas "sagas" y las explicaciones de cómo se vivía en el pasado. Naturalmente, lo es la primera vez que en los andes ocurre esta experiencia porque casi todas las excavaciones en las tierras altas son asistidas por campesinos andinos. El punto radica en cómo establecer un nivel de mutua confianza para aceptar que hay un pasado común que nos interesa a ambos y que podemos reciprocarnos nuestros conocimientos, sea cual sea el éxito alcanzado en la interpretación de la data.

A continuación se disponen varios ejemplos de inferencia por etnoarqueología de campo, en donde se creó una atmósfera favorable para explicar un registro de función o identificación desconocida:

1. **Construcción:** Evidencias de muros funerarios y habitacionales con bloques unidos con material vegetal.

Inferencia: Demostración de construcción de muros similares especializados en la contención de dunas. El material vegetal cubre los finos intersticios entre bloques y evita el ingreso de arenas al interior de la estructura.

- 2. Tráfico de llamas:** Evidencias de patas de llamas en ajuares funerarios y depósitos de habitaciones.

Inferencia: Reconocimiento de los cojinetes, ratificado por comparación con especímenes actuales de crianza.

- 3. Coprolitos de Llamas:** Evidencias de pisos con abundante deposición de llamas.

Inferencia: Registro y peso del total de deposiciones de una llama-día mantenida en cautiverio, con el objeto de inferior tiempo de ocupación. Eliminación del contenido estomacal de varias llamas e injerencia de distintos tipos de forraje local debidamente identificado. Registro de deposiciones diferenciadas considerados como muestras-testigos.

- 4. Flora y Fauna:** Evidencia de fauna y flora intrusiva en el ambiente de estudio, constatadas en ofrendas funerarias y depósitos de desperdicios.

Inferencia: Reconocimiento de flora serrana y altiplánica en oasis bajos. Identificación de fauna andina ubicada también en ambientes bajos y sus atributos mágico-religiosos (quirquincho).

- 5. Caza:** Evidencias de huesos de roedores andinos en el borde de la cuenca de Atacama (campamentos agrícolas).

Inferencia: Demostración de capturas sin uso de artefactos y utilización de instrumentos prehistóricos asociados a los huesos para probar a través del faenamamiento actual las funciones más eficientes.

- 6. Entierros ceremoniales de llamas:** Evidencias de llamas en foso ceremonial, junto al muro defensivo del poblado Caserones.

Inferencia: Posible ofrenda ocurrida cuando se terminó de construir el muro, siguiendo el patrón ceremonial de las obras nuevas en el altiplano aledaño.

- 7. Implementos de molienda:** Evidencias de diversos tipos de manos y morteros en poblados prehistóricos agrícolas.

Inferencia: Determinación de diversas funciones en relación a alimentos específicos y su explicación etnolingüística.

- 8. Cerámica:** Evidencias de fragmentos cerámicos retomados o de borde afinado.

Inferencia: Instrumento-ocasional cortante usado en ciertas familias del alta plano. (Escapiña)

- 9. Artesanía en cuero:** Evidencias de fragmentos de cuero de llama en pisos habitacionales excavadas. Inferencia: Demostración vinculada con sandalia del patrón andino, similar a la usada actualmente en el mismo lugar de la excavación (poblado de Caserones, piso temprano: 400 años A.C.).

- 10. Cultivos:** Presencia de ulluco (*Ullucus tuberosus*), una tuberosa sin registro arqueológico ni actual en el territorio chileno. Registro en un piso de Caserones (400 A.C.)

Inferencia: Identificación y explicación de su distribución actual en enclaves serranos tarapaqueños.

Paralelamente a estas explicaciones funcionales y taxonómicas, más los factores ecológicos andinos, se han logrado importantes aportes en la problemática de organización y uso del espacio habitado. También se han clarificado la naturaleza del tráfico andino y uso de recursos alimentarios. En términos generales, las actuales relaciones entre los asentamientos rurales de valles y tierras altas y sus respectivos ambientes, arrojan inesperadas respuestas que sirven para comprender estas mismas relaciones en niveles de tiempo prehistórico.

Es posible que analogías, explicaciones funcionales y taxonómicas, puedan aún aplicarse en áreas no-rurales, donde sobreviven patrones de caza en yuxtaposición

a yacimientos paleoindios y arcaicos. Tal experiencia pudo aplicarse en el territorio austral de Chile, antes de la culminación del proceso de desintegración de las etnias locales. La participación de operarios cazadores en excavaciones de sitios paleo indios en Brasil han permitido acumular una información etnoarqueológica de suma importancia (T. Miller, Comunicación personal).

No estamos seguros si esta estrategia de investigación es muy estimulante en la búsqueda de mayor amplitud social al registro arqueológico, pero en lo que compete a nuestra experiencia, hay ventajas destacables: 1) Ha valorado una vía posible de reconocimiento de la cultura andina contemporánea. 2) Los datos registrados una vez sometidos a prueba han ratificado la confiabilidad de las fuentes. 3) Explicaciones funcionales, de taxonomía y organización del espacio habitado han sido indispensables en el diseño de reconstrucción de los modos de vida prehistóricos. 4) El conocimiento ecológico de las áreas investigadas ha sido enriquecido con la visión andina no intelectualizada.

Estamos aquí hilvanando dos fronteras del conocimiento aparentemente dicotómicas. Por una parte una fragmentación de episodios humanos que se reconstruyen a través de procedimiento analítico de origen citadino. Por otra, un corpus testimonial intracultural, procesado en poblaciones sobrevivientes de culturas prehistóricas, fijadas en un ambiente común. Ambos conocimientos son válidos, mutuamente complementarios y juntos pueden alcanzar un punto de convergencia. Los recientes estudios etológicos (hábitos y conductas de animales sociales contemporáneos) han logrado definir analogías francamente sorprendentes en relación a como eran, pensaban y actuaban nuestros primates antepasados del plioceno y pleistoceno temprano (Abdrey, 1982); es decir, desde tres millones años atrás. Permítasenos recomendar analogías entre campesinos que comparecieron un paisaje común a lo largo de un lapso brevísimo de tres mil años.

BIBLIOGRAFÍA

Abdrey, R.

1982 "La evolución del hombre: la hipótesis del cazador". Alianza Editorial; Madrid, España.

Audouze, F. y Jarrige, C.

s/a "E'tude ethnoarcheologique d'un camp Pathan an Balouchistan". Revista do Museu Paulista. Vol XXVII, nueva serie. Universidad de Sao Paulo; Sao Paulo, Brasil. Pp. 12-23.

Browman, D.

1974 "Pastoral nomadism in the Andes". *Current Anthropology*. Vol 15, Num 2; Washington, Estados Unidos. pp. 188-196.

Childe, G.

1946 "Orígenes de la civilización". Fondo de la Cultura Económica; México DF, México.

Clark, G.

1939 "Archaeology and Society"; Londres, Inglaterra.

Eggan, F.

1952 "The ethnological cultures and their archaeological backgrounds". *Archaeology of the Eastern United States*. Editorial J.B. Griffin. University of Chicago Press; Chicago, Estados Unidos. pp. 35-45.

Gjessing, G.

1975 "Socio-archaeology. *Current anthropology*"; Vol 16, Num. 3; Washington, Estados Unidos. pp. 323-332.

Guerrero Jiménez, Bernardo

1981 "Alimentación y subdesarrollo en el Altiplano chileno". *Revista CRECES*, Diciembre 1981; Santiago, Chile.

Morgan, L.H.

1970 "La Sociedad primitiva". Editorial Ayuso; Madrid, España.

Murra, Jhon

1964 "Una apreciación etnológica de la visita. Visita hecha a la Provincia de Chucuito por Garci Diez de San Miguel en el año 1567". Casa de la Cultura; Lima, Perú.

Redfield, R.

1952 "Relation of anthropology to the social sciences and to the humanities". *Anthropology Today*. Editorial A.L. Kroeber. University of Chicago Press; Chicago, Estados Unidos.

Renfrew, C.

1973 "Social archaeology: an inaugural lecture". University of Southampton; Southampton, Estados Unidos.

Trigger, B. G.

1967 "Settlement Archaeology: it's goals and promise". American Antiquity, Num 32; Washington, Estados Unidos. pp. 149-160.

Watson, R.

1976 "Inference in archaeology". American Antiquity; Vol 14, Num 1; Washington, Estados Unidos. pp. 58-66.

Cómo citar:

Núñez Atencio, Lautaro

1985 "Reflexiones sobre etnoarqueología andina". En: Cuaderno de Investigación Social, N°10. Centro de Investigación de la Realidad del Norte; Iquique, Chile.